

Comentarios de la Lección

II Trimestre de 2009

Caminar la vida cristiana

Lección 2

11 de Abril de 2009

La fe

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8, 9).

Introducción

¿Qué es, realmente, la fe? Tiempo atrás escuché una conferencia de un motivador de empleados de empresas. Y él decía: “¡Ustedes tienen que tener fe! Necesitan creer que pueden, que son capaces. Necesitan tomarse las manos y ponerse la camiseta de la empresa. Así lograrán sus metas y triunfarán. Necesitan tener mucha fe, necesitan esforzarse para tener la convicción de que juntos vencerán los obstáculos. Ustedes son capaces y, con esfuerzo, lo serán cada vez más, logrando cada vez más cosas”.

Ahora, convengamos que eso no es fe. Eso no tiene nada que ver con la Fe. Eso es esfuerzo propio para crecer en la vida y colaborar uno con el otro. Es bueno y necesario para todos, pero no es Fe.

La Fe es un Don que Dios nos concede. Y sólo tendremos Fe recibéndola de Dios.

Durante esta semana estudiamos este tema. Notemos que las últimas lecciones se han repetido en el tema de la fe. Y es bueno que sea así, pues de parte de Satanás estamos viendo un esfuerzo enorme para confundir a los creyentes acerca de los que es la Fe.

¿Y qué no es fe? No es aquello que el disertante de autoayuda estaba diciendo. La fe tampoco es esa fuerte emoción que muchos templos espiritualistas provocan en sus miembros a través de fuertes golpes de tambores, elevado sonido y manifestaciones extrañas, cuando el pastor exaltado lleva a todos a un estado de éxtasis. Eso no es fe, es catarsis psicológica, nada más.

Fe tampoco es una racionalización de nuestra parte respecto de lo que creemos. Por ejemplo, si creemos basándonos en el hecho de que tenemos pruebas de que Dios existe, y que Jesús estuvo aquí, en nuestra tierra, y tenemos la esperanza de que Él realmente vuelva otra vez, eso no es fe. Eso es un complemento de la fe, no hay nada de malo en eso, que incluso puede contribuir a cultivar la fe. Es un efecto de haber estudiado la Palabra de Dios, y haber encontrado en ella firmes evidencias de que lo que allí está escrito es verdadero y que las promesas son firmes, pues eso no es fe, es una comprobación aparte de la fe. La fe está en la Palabra de Dios, allí puede ser encontrada, pero es algo distinto a comprobaciones de Dios, es algo más sublime que simples pruebas acerca de Dios. Es algo más profundo.

¿Qué es fe, entonces? “La fe es estar seguros de lo que esperamos, y ciertos de lo que no vemos” (Hebreos 11:1).

Pero, ¿cómo obtener esa convicción y esa certeza? Durante esta semana estudiamos este tema.

La fe: un don de Dios

Efesios 2:8 dice: “Porque por gracia habéis sido salvos por la fe. Y esto no proviene de vosotros, sino que es don de Dios”.

¿Qué es lo que aquí proviene de Dios? Dos cosas: la gracia y la fe. Cuando el versículo dice “esto no proviene de vosotros”, “esto” hace referencia a esas dos cosas por las cuales somos salvos, o sea, la gracia y la fe.

La gracia fue provista por Jesús en la cruz, cuando murió por nosotros. Y desde entonces nos ofrece, gratuitamente, la salvación de nuestras vidas. Ser salvos está a nuestra disposición, independientemente de lo que seamos. Y para ser realmente salvos, necesitamos hacer una cosa: aceptar la salvación. Si lo hacemos (esto implica entregarnos a Cristo), Dios efectuará en nosotros transformaciones maravillosas, cambiando nuestra vieja naturaleza en una nueva.

Y la fe, que también es un don (regalo) de Dios, ¿cómo la recibimos? “La fe viene por el oír de la Palabra de Cristo”.

Entonces quiere decir que la fe está en la Biblia. Si escuchamos predicaciones acerca de la Biblia, recibiremos la fe. Por lo tanto, podemos buscar la fe en la Palabra de Dios, la Biblia, escuchando acerca de ella, leyéndola, o incluso enseñando acerca de ella.

Ilustremos esto de una mejor manera. Imaginemos lo que sucede cuando comenzamos a estudiar, de alguna manera, la Biblia por primera vez. ¿Recuerdas cuando estudiaste por primera vez la Biblia? ¿Recuerdas las primeras lecciones? Quien nació en la iglesia tiene alguna dificultad de recordarlo. Pero hagamos un esfuerzo. Una vez iniciado el estudio surge una sensación de que algo bueno proviene de ese estudio (a partir de una predicación, escuchar un CD, ver un DVD, la lectura, etc.). Aparece una minúscula certeza de que algo promisorio, de un futuro con una cierta clase de garantía.

¿Sabes qué es esto que surge en los estudios iniciales? Es la semilla tipo grano de mostaza de la fe. Tú encontraste en la Biblia esa semilla. Estaba allí y fue hallada.

¿Y luego? ¿Qué debe hacerse? Pues bien, tú te entusiasgaste con esa semilla. Te brindaba una certeza curiosa, atrayente, que nunca antes habías sentido. Es algo que todavía no logras explicar, pero que es algo que sientes y es muy bueno y atractivo. Y esto proviene de Dios, a través de su Palabra. Entonces continúas leyendo y escuchando más. Y la semilla crece, y tú pasas a vivir por la fe, con las respectivas certezas.

¿Qué certezas vienen junto con la fe? La certeza de que Dios existe, de que fue Él quien creó el Universo; de que Jesús realmente murió por todos nosotros en la cruz; de que Él volverá como lo prometió. Y otras certezas más, por ejemplo, de que tú puedes confiar en Dios de que serás transformado, de que Él te guiará en las dificultades, de que serás salvo, y así por delante. Estas certezas están en la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo

las va grabando en tu mente a través de la enseñanza. Notemos lo maravillosa que es esta cita de Elena de White en relación con este tema:

“El Señor Jesús está realizando experimentos en los corazones humanos, por medio de la manifestación de de misericordia y abundante gracia. Está realizando transformaciones tan sorprendentes que Satanás, con toda su triunfante jactancia, con toda su confederación del mal unida contra Dios y las leyes de su gobierno, se detiene para mirarlo como una fortaleza inexpugnable ante sus sofismas y engaños. Son para él un misterio incomprensible. Los ángeles de Dios, serafines y querubines, los poderes comisionados para cooperar con los agentes humanos, contemplan con asombro y gozo cómo hombres caídos, una vez hijos de la ira, están desarrollando, por la enseñanza de Cristo, caracteres a la semejanza divina, para ser hijos e hijas de Dios, para desempeñar una parte importante en las ocupaciones y los deleites del cielo” [Elena G. de White, *La iglesia remanente*, pp. 15, 16].

¿Qué piensas de este párrafo? Impresionante, ¿no es así? Pues es así que la fe se cultiva en nuestra vida. Nosotros deseando y entregándonos cada día a Dios; y Él, en Cristo, transformándonos cada día.

No obstante aquí falta una cosa importante. Al leer tu Biblia, ¿encuentras en ella la fe? ¿Por qué muchos que la leen no hallan fe en ella? Es verdad, hay muchas personas leyendo la Biblia, y nada de fe. ¡Nada realmente! ¿Cómo es esto?

Es por causa del amor. Si tú, al leer tu Biblia sientes simpatía por Dios, pasas a admirarlo, y entonces desarrollas amor por Él, te sientes atraído por Él, y deseas saber más acerca de Él, porque lo estás amando. La fe obra por el amor (Gálatas 5:6). Y eso es lo que marca la diferencia. Quien ama confía, ¿no es así? Quien ama se entrega totalmente. Pues bien, quien ama a Dios, encuentra la fe en su Palabra, y pasa a colocar esa fe en su mente, y por eso su vida se va transformando para mejor. Quien ama a Dios, tiene fe en Él, y confía en Él, y eso agrada a Dios. Pero quien no ama, no puede confiar, sin fe es imposible agradar a Dios. Notemos: tú te sentiste atraído por el amor de Dios, el cual encontraste en su Palabra. Y Él, que ya te amaba, te da un regalo maravilloso: la capacidad de confiar (fe) en Él, y de vivir por medio de esa confianza.

¡Ese es Dios! Realmente es maravilloso, ¿no crees?

La base de nuestra fe

Continuemos. Ya hemos visto que Dios nos concede la fe por medio de su Palabra, la Biblia. Ahora analizamos sobre el proceso por el cual recibimos la fe y cómo cultivarla para que crezca y se vuelva poderosa.

A través de Santiago 2:18, 19 entendemos que la fe no es simplemente creer. Ese apóstol nos dice que hasta los demonios creen, y por eso tiemblan, pero ellos no tienen fe. Curioso, ¿no es así?

¿Qué sucede con estos demonios, que aún creyendo, están perdidos? Es que ellos no aman en lo que creen. Ellos están absolutamente seguros de que Dios existe, que Él creó todas las cosas y que Jesús está por volver. Pero ellos no lo aman al punto de entregarse a Jesús. Por el contrario, lo odian.

Tenemos entonces tres posibilidades en relación a la fe:

1. No creer en Dios y, por lo tanto, no tener ningún interés en Él.
2. Creer en Dios, pero actuar por cuenta propia, siguiendo la propia creencia. Los demonios actúan así. Aún creyendo, odian a Jesús, pues actúan según lo que ellos prefieren. Así ellos crearon los atractivos de este mundo para atraer a la multitud de los que siguen estas dos primeras posibilidades.
3. Creer en Dios y confiar en Él, esto es, amar a Dios. Si amamos a Dios, ya no vivimos según nuestra propia manera de pensar, sino en base al “Escrito está”, tal como Dios lo desea, según su voluntad. Quien ama desea agradar a aquél que ama. Quien ama a Dios anhela hacer su voluntad. La obediencia no surge por una obligación burocrática, y sí por el deseo de realizar la voluntad del ser amado.

¿Qué es fe, entonces? ¿Hay una definición? Pues sí: Fe es creer y confiar. Fe es amar a Dios, conforme el mandamiento de Jesús: “Amarás a Dios por sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”. Fe es una relación de confianza en quien amamos, o sea, nuestro Dios.

Confirmando entonces lo que ya hemos estudiado, Juan dice que debemos examinar las Escrituras, pues en ellas podemos hacernos sabios para salvación (Juan 5:39). Y Pablo agrega que el conocimiento de las sagradas letras desarrollan en nosotros la sabiduría de la vida eterna (2 Timoteo 3:15). La fe está en la Biblia. Allí descubrimos el amor que Dios nos tiene. Allí está la pequeña semilla de la fe, y allí es que podemos cultivarla para que se convierta una potencia para vida eterna.

Ejercer fe

Hay un momento crucial y decisivo para la obtención de la fe. Ese momento puede suceder en distintos momentos de la vida de una persona. Y eso ocurre cuando la persona entra en contacto con la Palabra de Dios. Puede ser a través de un sermón, la lectura de la Biblia, incluso al leer un volante que se repartió en la calle. En ese momento, dos pueden ser las reacciones: en contra o con indiferencia. La primera reacción es de resistencia. Si cada vez que la persona entra en contacto con algo que proviene de Dios actúa así, nunca iniciará el camino de la fe. Pero si se interesa, se sentirá cada vez más atraída por Dios cuanto más conocimiento vaya obteniendo de Él. Así es como todo comienza.

Sin embargo, hay un “pero”. Muchos comienzan el peregrinaje cristiano y lo interrumpen, ya sea por la pérdida del interés, o porque se vuelven contrarios. Cuando pierden el interés, es porque otros intereses asumen el lugar de Dios. Y aunque estas personas continúen permaneciendo en su rol como miembros de iglesia, sus motivaciones son otras. Se sienten atraídas por las cosas fascinantes de este mundo. Y no tengas dudas de que esas personas pasarán a asimilar muchas de esas cosas, haciéndolas parte de su vida. Y esta situación involucra a una cantidad de personas mucho mayor de lo que nos imaginamos. Sabiéndolo o no, estas personas se convierten en agentes de Satanás para introducir estas cosas dentro de la iglesia. En un futuro no muy lejano, muy próximo, Dios enviará un fuerte zarandeo sobre la iglesia. Y será para purificarla de todo aquello que estas personas han introducido. Es para liberar a la iglesia de esas personas. Mientras tanto, están teniendo un tiempo de gracia para arrepentirse de lo que están haciendo. Lo cierto es que esas personas dejaron de crecer en la fe. Y tienen innumerables justificativos para continuar en el estilo de vida que han adoptado.

¿Cómo alcanzar a los perdidos dentro de la iglesia? (Que nadie intente argumentar que ellos no existen. Son muchos y, en muchos casos, personas de fuerte influencia sobre las demás, personas que ocupan altas responsabilidades que impactan en la vida de muchos). Es difícil persuadirlas a cambiar su estilo de vida. Quieren la vida eterna, es verdad, pero también anhelan la vida según este mundo. Entonces, según Lucas 16:30, 31, aunque resuciten famosos profetas del pasado, aún cuando aparezca por aquí el apóstol Pablo o Juan; aunque aparezca el padre de la fe, Abrahán, la mayoría de ellos nunca abandonarían su estilo de vida. Continuarán vinculados a lo que les gusta, a lo que adoran, a la mundanalidad que se ha convertido para ellos en algo extremadamente atrayente. Y es el dios de ellos, aún cuando no lo admitan. Estas personas dejaron el camino de la fe, están en el camino del mundo, aún asistiendo a la iglesia, aún teniendo cargos en ella, muchas veces realizando actividades para la conversión de otras personas, aún siendo esposas de pastores, o departamentales y presidentes.

¿Cómo es nuestra fe, que recibimos de Dios, crece y se fortalece? Por medio de la obra de Dios en nuestra vida. Eso significa que algo debe cambiar para distanciarnos del mundo, y acercarnos a la imagen de Dios, adoptando la ciudadanía celestial. Entonces en nuestra vida se revelará la justicia de Dios, de fe en fe (Romanos 1:17). O sea que nuestro carácter se volverá cada vez más parecido al carácter de Dios. Se dará una unión cada vez más íntima entre Dios y nosotros. El amor de Dios influirá en nuestra vida y nosotros le corresponderemos (Gálatas 5:6). Y lo haremos con cambios en nuestra vida. Esto son las obras que aparecen porque tenemos fe (Santiago 2:17). Como todos somos pecadores, si pasamos un período de tiempo en que nada cambia en nuestra vida, es porque en ese tiempo no hemos sido transformados por Dios, y eso debió ocurrir por una resistencia de nuestra parte. La fe deja de crecer, y será –seguramente– sustituida por la presunción.

Así vencemos al mundo, y nos liberamos de él, perdemos el interés de las cosas que el mundo quiere imponernos (1 Juan 5:4, 5). Podemos decir que la fe es una alianza que Dios hace con nosotros. Un pacto como aquél que Dios le habló a Abrahán. Y ese pacto se confirmó en la cruz. ¿Y qué pacto es este? Es el sábado, en el que nos dedicamos a nuestro Dios, así como Él se dedica íntimamente a nosotros. Así crece la fe en nosotros, y así nos fortalecemos en la vida espiritual, volviéndonos vencedores sobre este mundo.

“Los que son hechos nuevas criaturas en Cristo Jesús manifiestan los frutos del Espíritu: ‘amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza’ (Gálatas 5: 22, 23) [...] Por la fe del Hijo de Dios siguen sus pisadas, reflejan su carácter y se purifican a sí mismos así como él es puro. Aman ahora las cosas que en un tiempo aborrecían y aborrecen las cosas que en otro tiempo amaban. El que era orgulloso y dominante, ahora es manso y humilde de corazón. El que antes era vano y altanero, ahora es serio y discreto. El que antes era borracho, ahora es sobrio y el que era libertino, puro. Han dejado las costumbres y modas vanas del mundo” [*El camino a Cristo*, pp. 57, 58].

Crecer en la fe

La vida de un cristiano debe ser una vida de crecimiento. Además, todos los seres humanos, cuando fueron creados, fueron destinados al crecimiento, aún en el estado de la perfección. Hoy nuestro crecimiento es un tanto diferente de aquél, hoy consiste en la restauración de la verdad en nuestras vidas. Nuestro crecimiento tiene mucho que ver con la restauración, la transformación y la santificación. Después de eso, cuando seamos salvos, entraremos en otra esfera de crecimiento, tal como la de los demás seres

no caídos. Entonces creceremos en las cosas relacionadas con la ciencia de Dios, entenderemos cómo Él crea, cómo funciona todo, y así. Ahora, en esta miseria de pecado, nuestro crecimiento tiene que ver con la búsqueda de la salida de este hoyo en que el pecado nos hizo caer. Esto quiere decir que hoy nuestro conocimiento debe relacionarse en la salvación de nuestras vidas.

Y en todo lo que se debe crecer, lo principal pareciera ser el crecimiento en la fe. Esto porque en la fe tenemos poder, tal como ha sido prometido. Como ya hemos visto, obtenemos la fe por la Palabra de Dios, acercándonos a Él, gustando de Él cada vez más. O sea, construyendo junto con Dios una relación de amor con nuestro Creador. Así crecemos en la confianza en nuestro Dios.

Este crecimiento, tal como nos lo dice 2 Pedro 3:18, implica crecer “en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor”. Es decir que, para creer en nuestro Señor alcanza con tener certeza de que Él existe y en lo que dice ser. Pero para tener fe, esto es, para confiar en Él, para entregarse a Él, necesitas algo más. En este caso, es necesario conocerlo más profundamente, saber cada vez más acerca de Él.

Estamos hablando aquí de una lucha, una guerra personal. Notemos: mientras Satanás, por medio de sus instrumentos (televisión, revistas, periódicos, películas, etc.) divulga una clase de conocimiento que atrae a las personas de este mundo y las une a él, aún cuando no perciban lo que está sucediendo; nosotros, en contrapartida, necesitamos buscar conocimiento acerca de quién nos quiere salvar. ¿En quién obtenemos más conocimientos? ¿De las cosas atractivas de Satanás, o del carácter de Jesucristo? Si queremos ser salvos, debemos dejar de crecer en las cosas que Satanás divulga y crecer en las que Dios enseña. Si no actuamos de ese modo, no creceremos en la fe. Si, por ejemplo, nos sentimos atraídos hacia el mundo, aún cuando le dediquemos algún tiempo también a conocer a Dios, seremos una persona dividida, y uno sólo será nuestro destino: la perdición. No hay manera que alguien se salve sin desligarse del mundo. Puede hasta ocupar un elevado cargo de responsabilidad en la iglesia, puede ser un evangelista y llevar a muchos al bautismo, pero él mismo perderá su vida.

Por eso debemos revestirnos de toda la armadura para defendernos de la mundanidad. Esa es la gran lucha en estos días finales. Satanás está atrayendo a un elevado porcentaje de adventistas por medio de la mundanidad. Y lo hace a través de cosas consideradas pequeñas, insignificantes. Y las personas siguen el eslogan “Todo el mundo lo hace”, o “Todo el mundo lo usa”. Pero eso no es verdad. Aquellos que realmente se están preparando para la vida eterna, que son menos del 5% de los que están en los libros de la iglesia, no forman parte de los que se dejan influenciar por lo que hace todo el mundo. Y esos son los que están siendo transformados y están creciendo en la fe y en el poder.

Mis queridos lectores. No es tiempo para superficialidades. Hoy es tiempo, aunque un poco tardío, pero tiempo al fin, de salir de este mundo. Es tiempo de que perdamos el interés en las vanas atracciones de esta tierra, y de crecer en las infinitas bellezas del reino de Dios. Es lo que la profetisa no sugiere en esta cita: “Cada persona verdaderamente convertida estará intensamente interesada en llevar a otros de las tinieblas del error a la maravillosa luz de la justicia de Jesucristo. El gran derramamiento del Espíritu de Dios que ha de alumbrar toda la tierra con su gloria, no sobrevendrá hasta que tengamos un pueblo esclarecido que sepa por experiencia lo que significa ser colaboradores juntamente con Dios. Cuando tengamos una consagración completa y sincera al servicio de Cristo, Dios lo reconocerá derramando su Espíritu sin medida; pero esto no ocurrirá

mientras la mayor parte de la iglesia no trabaje juntamente con Dios. Dios no puede otorgar su Espíritu cuando el egoísmo y la complacencia propia se manifiestan en forma tan notoria, cuando prevalece un espíritu que, si se lo tradujera en palabras, constituiría la respuesta de Caín: '¿Soy yo guarda de mi hermano?' (Génesis 4:9)" [*Recibiréis poder*, p. 312].

La fe en una persona

Ya hemos visto que la fe no es un sentimiento, ni un principio. El amor es un principio, pero la fe no lo es. Y la fe tampoco es conocimiento, ni un conjunto de doctrinas. Ni siquiera la fe es conocer a Dios, aún cuando sea de la manera correcta.

Además de eso, la fe tampoco es fuerza de voluntad, ni determinación, ni pensamiento positivo, ni seguridad en el futuro basado en uno mismo.

¿Qué es entonces la fe? Es la confianza en Dios, una confianza que proviene del amor que Dios tiene por nosotros, y que se fortalece cuanto más lo conocemos y más lo amamos. Es una confianza que lleva a que hagamos lo que Dios desea porque confiamos en Él y porque lo amamos. Es algo semejante a lo que hacen los niños que confían en sus padres.

Jesús dijo que para ser salvos debemos hacernos como niños. Estaba refiriéndose a la fe, o sea, a la confianza que se origina en el amor que los niños sienten por sus padres, porque ellos los amaron antes de nacer, y por eso confían en ellos y se entregan para que ellos los cuiden en todo.

Nuestra hija, cuando era pequeña, demostraba esa confianza. En la oscuridad, en las tormentas, ella venía para dormir con nosotros. Cuando se quedaba junto a nosotros, parecía que estaba con Dios. Dormía tranquila, sin miedo de nada. Con sólo estar cerca de nosotros, o con uno de nosotros, desaparecía el miedo de cualquier cosa. Hasta hoy, ya con 21 años, todavía nos pide consejos y nos cuenta sus interrogantes. Eso es confianza. Y podría decirse que es una relación de fe.

Pues bien, Jesús quiere que confiemos en Él en una relación de amor, de fe. Pero así como los niños crecen, y conocen cada vez mejor a sus padres, y aprenden muchas cosas de ellos, y sienten la protección motivada por el amor que los padres le dan a sus hijos, así nosotros debemos crecer en la fe para con nuestro Dios. A lo largo del tiempo vamos adquiriendo cada vez más conocimiento acerca de Él. Por lo tanto, estudiamos las doctrinas de nuestra iglesia, todas ellas extraídas de la Biblia.

¿Para qué tenemos las doctrinas? En rigor de verdad, no habría necesidad de doctrinas, así como no hubo necesidad de que Adán y Eva tuvieran los Diez Mandamientos escritos de manera ordenada tal como nosotros lo tenemos hoy. Ellos, inteligentes como eran, y sin la influencia de tentaciones para caer en pecado en cualquier momento, sabían por medio de las enseñanzas de Dios claramente que no debían tener ídolos, ni matar, robar o mentir. Ellos tampoco tenían las doctrinas organizadas como las tenemos hoy, pero igualmente poseían el conocimiento relacionado con ellas. Las doctrinas, en la actualidad, nos facilitan la comprensión de cómo es nuestro Dios, y cómo debiéramos ser. A través de ellas es mucho más fácil entender cómo adorar a Dios, y las principales cosas que Él requiere de nosotros. Las doctrinas son una organización didáctica del conocimiento de la salvación que necesitamos desarrollar. Y las doctrinas nos sirven para

aumentar nuestra fe, al conocer más a Dios, así como los niños confían en los padres que conocen.

Aplicación del estudio

¿Para qué sirve la fe? Para muchas cosas. Aquí, en la tierra, es imprescindible para quien esté intentando ser salvo para vida eterna. La fe sirve para confiar en todo lo que Dios dice en su Palabra. Y hay cosas que en la Biblia parecen ser intrigantes, incluso hasta absurdas. Por ejemplo, ¿De dónde vino Dios? El dice que siempre existió. Pero, ¿cómo se puede explicar la existencia eterna de un Ser en el pasado? Eso es imposible para los seres finitos, y la Biblia tampoco explica mucho. Simplemente afirma que Dios siempre existió. Por la fe (confiar en Él porque lo amamos), El mismo nos da la certeza de que no nos está engañado. ¿Has visto a una persona que ame de verdad a otra engañándola? Pues bien, mucho menos Dios haría algo así.

La fe sirve para que tengamos certeza en relación al futuro. Sabemos cómo será el futuro porque confiamos en las profecías. Si analizamos las profecías del pasado, verificaremos que ellas se cumplieron fielmente hasta ahora. ¿Por qué dejarían de cumplirse ahora, exactamente en la mejor parte? Es evidente que no se puede dejar de creer que ellas continuarán cumpliéndose. Pero, el conocimiento de las profecías no es la base de nuestra fe, lo cual en verdad es el amor. Sin embargo, ese cumplimiento enriquece y fortalece nuestra fe.

Por la fe estamos seguros en relación a las cosas que no vemos. Por la fe aguardamos, sintiéndonos seguros, de que tendremos una Patria superior. Por la fe sabemos que Jesús volverá y nos llevará a esa Patria. Por la fe sabemos que allí viviremos por la eternidad. Por la fe estamos seguros de que allí seremos siempre felices y que no tendremos motivos para recordar las cosas tristes que habrán pasado. Por la fe veremos el rostro del Dios que nos creó. Por la fe iremos a amarnos unos a otros por la eternidad, viviendo en paz y en armonía.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática